

LA CORZA BLANCA

En un pequeño lugar de Aragón, y allí por los años de mil trescientos y pico, vivía retirado en su torre señorial un famoso caballero llamado don Dionís, el cual, después de haber servido a su rey en la guerra contra infieles, descansaba a la sazón, entregado al alegre ejercicio de la caza, de las rudas fatigas de los combates.

Aconteció una vez a este caballero, hallándose en su favorita diversión acompañado de su hija, cuya belleza singular y extraordinaria blancura le habían granjeado el sobrenombre de la Azucena, que como se les entrase a más andar el día engolfados en perseguir a una res en el monte de su feudo, tuvo que acogerse, durante las horas de la siesta, a una cañada por donde corría un riachuelo, saltando de roca en roca con ruido mansa y agradable.

Haría cosa de unas dos horas que don Dionís se encontraba en aquel delicioso lugar, recostado sobre la menuda grama a la sombra de una chopera, departiendo amigablemente con sus monteros sobre las peripecias del día, y refiriéndose unos a otros las aventuras más o menos curiosas que en su vida de cazadores les habían acontecido, cuando por lo alto de la más empinada ladera y a través de los alternados murmullos del viento que agitaba las hojas de los árboles, comenzó a percibirse, cada vez más cerca, el sonido de una esquillilla semejante a la del guión de un rebaño.

En efecto, era sí, pues a poco de haberse oído la esquillilla empezaron a saltar por entre las apiñadas matas de cantueso y tomillo, y a descender a la orilla opuesta del riachuelo, hasta unos cien corderos blancos como la nieve, detrás de los cuales, con su caperuza calada para libertarse la cabeza de los perpendiculares rayos del sol, apareció el zagal que los conducía.

—A propósito de aventuras extraordinarias —exclamó al verle uno de los monteros de don Dionís, dirigiéndose a su señor—:

ahí tenéis a Esteban el zagal, que de algún tiempo a esta parte anda más tonto que el que naturalmente lo hizo Dios, que no se acuerda de lo que le pasa y el cual puede haceros pasar un rato divertido refiriendo la causa de sus continuos sustos.

—¿Pues qué le acontece a ese pobrecito, el diablo?— exclamó don Dionís con aire de curiosidad picada.

—¡Frioleral —añadió el montero con tono de zumba—: es el caso que, sin haber nacido en Viernes Santo, ni estar señalado con la cruz, ni hallarse en relaciones con el demonio, a lo que se puede colegir de sus hábitos de cristiano viejo, se encuentra sin saber cómo ni por dónde; dotado de la facultad más maravillosa que ha poseído jamás hombre alguno, a no ser Salomón, de que se dice que sabía hasta el lenguaje de los pájaros.

—¿Ya qué se refiere esa facultad maravillosa?

—Se refiere —prosiguió el montero— que según él afirma, y lo jura y perjura todo lo más sagrado del mundo, los cielos que discurren por estos montes se han de abrir de ojo para no dejarle en paz, siendo lo grandioso del caso que en más de una ocasión los ha sorprendido concertadamente entre sí las burlas que han de hacerle, después que estas burlas se han llevado a término, ha oído las ruidosas carcajadas que las celebran.

Mientras esto decía el montero, don Dionís, que así se llamaba la hermosa hija de don Dionís, se había aproximado al grupo de cazadores, y como demostrase curiosidad por conocer la extraordinaria historia de Esteban, uno de éstos se adelantó hasta el sitio en donde el zagal daba de beber al ganado, y le condujo a la presencia del señor, que, para disipar la turbación y visible encogimiento del pobre mozo, apresuró a saludarle por su nombre, y

allí arriba, proveerá a todo.

Firme en esta idea, había decidido no volver a decir palabra sobre el asunto a nadie, ni por nada; pero lo haré hoy por satisfacer vuestra curiosidad, y a fe que después de todo, si el diablo me lo toma en cuenta y torna a molestarme en castigo de mi indiscreción, buenos evangelios llevo cosidos a la pellica y con su ayuda creo que, como otras veces, no me será inútil el garrote.

—Pero, vamos— exclamó don Dionís, impaciente al escuchar las disgresiones del zagal que amenazaba no concluir nunca— déjate de rodeos y ve derecho al asunto.

— A él voy —contestó con calma Esteban, que después de dar una gran voz acompañada de un silbido para que se agruparan los corderos, que no perdía de vista y comenzaban a desparramarse por el monte, tornó a rascarse la cabeza y prosiguió así:

—Por una parte vuestras continuas excursiones y por otra el dale que le das de los cazadores furtivos, que ya con trampa o con ballesta no dejan res a vida en veinte jornadas al controno, habían no hace mucho agotado la caza en estos momentos, hasta el extremo de no encontrarse un venado en ellos ni por un ojo de la cara.

—“Hablabo yo de esto mismo en el lugar, sentado en el porche de la iglesia, donde después de acabada la misa del domingo solía reunirme con algunos peones de los que labran la tierra de Veratón, cuando algunos de ellos me dijeron:

— Pues, hombre, no sé en qué consiste el que tú no los topes, pues de nosotros podemos asegurarte que no bajamos una vez a las hazas que no nos encontremos rastro, y hace tres o cuatro días, sin ir más lejos una manada, que a juzgar por las huellas debía de componerse de más de veinte, le segaron antes de tiempo una pieza de trigo al santero de la Virgen del Romeral.

—¿Y hacia qué sitio seguía el rastro?— pregunté a los peones, con ánimo de ver si

topaba con la tropa.

—Hacia la cañada de los cantuesos—me contestaron.

No eché en saco roto la advertencia, y aquella noche misma fui a apostarme entre los chopos. Durante toda ella estuve oyendo por acá y por allá, tan pronto lejos como cerca, el bramido de los ciervos que se llamaban unos a otros, y de vez en cuando sentía moverse el ramaje a mis espaldas; pero por más que me hice todo ojos, la verdad es que no pude distinguir a ninguno.

No obstante, al romper el día, cuando llevé los corderos al agua, a la orilla de este río, como obra de dos tiros de honda del sitio en que nos hallamos, y en una umbría de chopos, donde ni a la hora de siesta se desliza un rayo de sol, encontré huellas recientes de los ciervos, algunas ramas desgajadas, la corriente un poco turbia, y, lo que es más particular entre el rastro de las reses las breves huellas de unos pies pequeñitos como la mitad de la palma de mi mano, sin ponderación alguna.

Al decir esto, el mozo instintivamente y al parecer hacia el pie de Constanza que asomaba por debajo del brial, calzado de un precioso chapín de tafilete amarillo; pero como al par que Esteban bajasen también los ojos don Dionís y algunos de los monteros que le rodeaban, la hermosa niña se apresuró a esconderlo, exclamando con el tono más natural del mundo:

— ¡Oh, nol; por desgracia, no los tengo yo tan pequeñitos, pues de ese tamaño sólo se encuentran en las hadas, cuya historia nos refieren los trovadores.

—Pues no paró aquí la cosa— continuó el zagal cuando Constanza hubo concluido—, sino que otra vez, habiéndome colocado en otro escondite por donde indudablemente habían de pasar los ciervos para dirigirse a la cañada allá al filo de la media noche me rindió un poco el sueño, aunque no tanto que no abriese los ojos en el mismo punto en que creí percibir que las ramas se movían

a mi alrededor. Abrí los ojos, según dicho; me incorporé con sumo cuidado poniendo atención a aquel confuso murmullo que cada vez sonaba más próximo en las ráfagas del aire como gritos y exclamaciones extraños, carcajadas y tres o cuatro distintas que hablaban entre sí, con un y algarabía semejante al de las muchachas del lugar, cuando riendo y bromeando el camino vuelven en bandadas de la mano con sus cántaros a la cabeza.

Según colegía de la proximidad de las voces y del cercano chasquido de las ramas que crujían al romperse para dar paso a la turba de locuelas, iban a salir de la cañada a un pequeño rellano que formaba un monte en el sitio donde yo estaba cuando enteramente a mis espaldas se oyó una nueva voz fresca, delgada y vibrante que dijo . . . creedlo, señores, esto es seguro como que me he de morir . . . claro y distintamente estas propias palabras:

¡Por aquí, por aquí, compañeras que está ahí el bruto de Esteban!

Al llegar a este punto de la relación del zagal, los circunstantes no pudieron contener por más tiempo la risa que el largo rato les retozaba en los ojos, rienda a su buen humor, prorrumpan en una carcajada estrepitosa. De los que en comenzar a reír y de los últimos que se reían, fueron don Dionís, que a pesar de su fingida circunspección no pudo resistir a tomar parte en el general regocijo, y su hija Constanza, la cual cada vez que se reía a Esteban, todo suspenso y confuso, se reírse como una loca hasta el punto de saltarle las lágrimas de los ojos.

El zagal, por su parte, aunque no pudo resistir al efecto que su narración había producido, parecía turbado e inquieto; y los señores reían a sabor de sus insensatas, él tornaba la vista de un lado a otro, visible muestras de temor y como si quisiera descubrir algo a través de los cruces de los árboles.

—¿Qué es eso, Esteban, qué te sucede?—le preguntó uno de los monteros notando la creciente inquietud del pobre mozo, que ya fijaba sus espantadas pupilas en la hija risueña de don Dionís, ya las volvía a su alrededor con una expresión asombrada y estúpida.

—Me sucede una cosa muy extraña—exclamó Esteban—. Cuando, después de escuchar las palabras que dejo referidas, me incorporé con prontitud para sorprender a la persona que las había pronunciado una corza blanca como la nieve salió de entre las mismas matas en donde yo estaba oculto, y dando unos saltos enormes por encima de los carrascales y los lentiscos, se alejó seguida de una tropa de corzar de su color natural, y así éstas como la blanca que las iba guiando, no arrojaban bramidos al huir, sino que se reían con unas carcajadas cuyo eco juraría que aun me están sonando en los oídos en este momento.

— ¡Bah . . . ¡bah! . . . Esteban—exclamó don Dionís con aire burlón—, sigue los consejos del presente de Tarazona; no hables de tus encuentros con los corzos amigos de burlas, no sea que haga el diablo que al fin pierdas el poco juicio que tienes; y pues ya estás provisto de los Evangelios y sabes las oraciones de San Bartolomé, vuélvete a tus corderos, que comienzan a desbandarse por la cañada. Si los espíritus malignos tornan a incomodarse, ya sabes el remedio "Pater noster" y garrotazo.

El zagal, después de guardarse en el zurón un medio pan blanco y un trozo de carne de jabalí, y en el estómago un valiente trago de vino que le dio por orden de su señor uno de los palafreneros, despidióse de don Dionís y su hija y apenas anduvo cuatro pasos, comenzó a volear la honda para reunir a pedradas a los corderos.

Como a esta sazón notase don Dionís que entre unas y otras las horas del calor eran ya pasadas y el vientecillo de la tarde comenzaba a mover las hojas de los chopos y a refrescar los campos, dio orden a su comitiva para que aderezasen las caballerías que andaban paciando sueltas por el inme-

diato soto; y cuando todo estuvo a punto, hizo seña a los unos para que soltasen las traillas, y a los otros para que tocasen las trompas, y saliendo en tropel de la chopera, prosiguió adelante la interrumpida caza.

II

Entre los monteros de don Dionís había uno llamado Garcés, hijo de un antiguo servidor de la familia, y por tanto el más querido de sus señores.

Garcés tenía poco o menos la edad de Constanza, y desde muy niño habíase acostumbrado a prevenir al menor de sus deseos y a adivinar y satisfacer el más leve de sus antojos.

Por su mano se entretenía en afilar en los ratos de ocio las agudas saetas de su ballesta de marfil; él domaba los postros que había de montar su señora; él ejercitaba en los ardides de la caza a sus lebreles favoritos y amaestraba a sus halcones, a los cuales compraba en las ferias de Castilla caperuzas rojas bordadas de oro.

Para con los otros monteros, los pajes y la gente menuda del servicio de don Dionís la exquisita solicitud de Garcés y el aprecio con que sus señores le distinguían, habíanle valido una especie de general animadversión, y al decir de los envidiosos en todos aquellos cuidados con que se adelantaba a prevenir los caprichos de su señora, revelábase su carácter adulator y rastrero. No faltaban, sin embargo, algunos, que, más avisados o maliciosos, creyeron sorprender en la auidad del solícito manceso algunas señales de mal disimulado amor.

Si en efecto era así, el oculto cariño de Garcés tenía más que sobrada disculpa en la incomparable hermosura de Constanza. Hubiérase necesitado un pecho de roca y un corazón de hielo para permanecer impasible un día y otro al lado de aquella mujer singular por su belleza y sus raros atractivos,

La "Azucena del Moncayo" llamábanla en veinte leguas a la redonda, y bien merecía este sobrenombre, porque era tan airosa,

tan blanca y tan rubia, que, como a las azucenas, parecía que Dios la había hecho de nieve y oro.

Y, sin embargo, entre los señores comarcanos murmurábase que la hermosa castellana de Veratón no era tan limpia de sangre como bella y que, a pesar de sus trenzas rubias y su tez de alabastro, había tenido por madre una gitana. Lo de cierto que pudiera haber en estas murmuraciones nadie pudo nunca decirlo, porque la verdad era que don Dionís tuvo una vida bastante azarosa en su juventud, y después de combatir largo tiempo bajo la conducta del monarca aragónes, del cual recabó entre otras mercedes el feudo del Moncayo, marchóse a Palestina, en donde anduvo errante algunos años, para volver por último a encerrarse en su castillo de Veratón con una hija pequeña, nacida sin duda de aquellos países remotos. El único que hubiera podido decir algo acerca del misterioso origen de Constanza, pues acompañó a don Dionís en sus lejanas peregrinaciones, era el padre de Garcés, y éste había muerto hacía bastante tiempo, sin decir una palabra sobre el asunto ni a su propio hijo, que varias veces y con muestras de gran interés se lo había preguntado.

El carácter, tan pronto retraído y melancólico como bullicioso y alegre, de Constanza, la extraña exaltación de sus ideas, sus extravagantes caprichos, sus nunca vistas costumbres, hasta la particularidad de tener los ojos y las cejas negros como la noche, siendo blanca y rubia, como el oro, habían contribuido a dar pábulo a las hablillas de sus convecinos, y aún el mismo Garcés, que tan íntimamente la trataba, había llegado a persuadirse que su señora era algo especial y no se parecía a las demás mujeres.

Presenta a la relación de Esteban, como los otros monteros, Garcés fue acaso el único que oyó con verdadera curiosidad los pormenores de su increíble aventura, y si bien no pudo menos de sonreír cuando el zagal repitió las palabras de la corza blanca, desde que abandonó el soto en que había sesteado comenzó a resolver en su mente las más absurda imaginaciones.

— No cabe duda que todo eso del haber de las corzas es pura aprensión de Esteban que es un completo mentecado — decía entre sí el joven montero mientras que jinete en un poderoso alazán, seguía paso el palafrén de Constanza, la cual también parecía mostrarse un tanto distraída silenciosa, y retirada del tropel de los cazadores, apenas tomaba parte en la fiesta por seguro otros varios pastores, que juraban haberla visto más de una vez, y con más extrañas hemos visto en el mundo — dijo San Humberto que antes de tres una corza blanca bien puede haberla, pues que, si se ha de dar crédito a las cantigas de este país, San Humberto, patrón de los cazadores, tenía una. ¡Oh, si yo pudiese coger una corza blanca para ofrecérsela a la señora!

Así pensando y discurriendo pasó la tarde, y cuando ya el sol comenzaba a esconderse por detrás de las vecinas montañas don Dionís mandó volver grupas a sus cazadores para tornar al castillo, separóse sin ser advertido de la comitiva y echó en busca del camino por lo más espeso e intrincado del monte.

La noche había cerrado casi por completo cuando don Dionís llegaba a las puertas de su castillo. Acto continuo dispuso una frugal colación y sentóse con sus señores a la mesa.

— Y Garcés ¿dónde está? — preguntó Constanza, notando que su montero no encontraba allí para servirla como de costumbre.

— No sabemos — se apresuraron a contestar los otros servidores —; desapareció entre nosotros cerca de la cañada y esta hora en que todavía no le hemos visto.

En este punto llegó Garcés todo sudoroso, cubierta aún de sudor la frente, pero la cara más regocijada y satisfecha que pudiera imaginarse.

— Perdóneme señora — exclamó dirigiéndose a Constanza —, perdonadme si he tardado un momento a mi obligación; pero ven de donde vengo a todo correr de mi

abad de Munila, no se iba sin un arpón en el cuerpo.

En este punto del diálogo torció don Dionís, y con una desesperante gravedad a través de la que se adivinaba toda la ironía de sus palabras, comenzó a darle al ya sendereado mozo los consejos más originales del mundo, para el caso de que se encontrase de manos a boca con el demonio convertido en corza blanca. A cada nueva ocurrencia de su padre, Constanza fijaba sus ojos en el atribulado Garcés y rompía a reír como una loca, en tanto que los otros servidores esforzaban las burlas con sus miradas de inteligencia y su mal encubierto gozo.

Mientras duró la colación prolongóse esta escena, en que la credulidad del joven montero fue por decirlo así, el tema obligado del general regocijo; de modo que cuando se levantaron los paños, y don Dionís y Constanza se retiraron a sus habitaciones, toda la gente del castillo se entregó al reposo, Garcés permaneció un largo espacio de tiempo irresoluto, dudando, si a pesar de las burlas de sus señores, proseguiría firme en su propósito o desistiría completamente de la empresa.

— ¡Qué diantre! — exclamó saliendo del estado de incertidumbre en que se encontraba —: mayor mal del que me ha sucedido no puede sucederme, y si, por el contrario, es verdad lo que nos ha contado Esteban... ¡oh, entonces, cómo he de saborear mi triunfo!

Esto diciendo, armó su ballesta, no sin haberle hecho antes la señal de la cruz en la punta de la vira, y colocándose a la espalda se dirigió a la poterna del castillo para tomar la vereda del monte.

Cuando Garcés llegó a la cañada y al punto en que, según las instrucciones de Esteban, debía aguardar la aparición de las corzas (la luna comenzaba a remontarse con lentitud por detrás de los cercanos montes.

A fuer de buen cazador y práctico en el oficio antes de elegir un punto a propósito

aquí sólo, me ocupaba en serviros.

— En servirme — repitió Constanza —; comprendo lo que quieres decir.

— Sí, señora, en serviros — repitió el montero — pues he averiguado que es verdad que corza blanca existe. A más de Esteban, lo he visto por seguro otros varios pastores, que juraban haberla visto más de una vez, y con más extrañas hemos visto en el mundo — dijo San Humberto que antes de tres una corza blanca bien puede haberla, pues que, si se ha de dar crédito a las cantigas de este país, San Humberto, patrón de los cazadores, tenía una. ¡Oh, si yo pudiese coger una corza blanca para ofrecérsela a la señora!

— ¡Bah!... ¡Bah!... exclamó Constanza dirigiéndose a zumba, mientras hacían coro a las palabras las risas más o menos disimuladas de los circunstantes —, déjate de cacerías de corzas y de corzas blancas. mira que el mundo ha dado en la flor de tentar a los cazadores, y si te empeñas en andarle a los cazadores, va a dar que reír contigo como con el pobre Esteban.

— Señora — interrumpió Garcés con voz cortada y disimulando en lo posible la alegría que le producía el burlón regocijo de sus compañeros —, yo no me he visto nunca con el diablo, y, por consiguiente, no sé cómo se le gasta; pero conmigo os aseguro que todo podrá hacer menos dar que con él, porque el uso de ese privilegio sólo en el mundo se tolera.

Constanza conoció el efecto que su burla había producido en el enamorado joven; deseando apurar su paciencia hasta lo posible, tornó a decir en el mismo tono:

— ¿Y si al dispararle te saluda con alguna palabra del género de la que oyó Esteban, o se dirige a la nariz, y al escuchar sus sobrenaturales carcajadas se te cae la ballesta de las manos, y antes de reponerte del susto ya ha desaparecido la corza blanca más ligera que el lampago?

— ¡Oh — exclamó Garcés —, en cuanto a eso, estoy segura que como yo la topase a la punta de la ballesta, aunque me hiciese más daño que un juglar, aunque me hablara, yo en romance, sino en latín, como el